

ANECDOTAS COTIDIANAS

Sobre las diferencias entre personas, aún unidos por lazos sanguíneos, se puede y hasta se han escrito montones de volúmenes y catálogos. A estas características de la persona humana se han referido tanto los sicólogos, genetistas, maestros, padres y hasta algún que otro poeta dijo: "Iguales somos, pero sólo a los ojos de Dios".

Yo que tengo dos pequeños hijos lo palpo a diario y me paso el día estableciendo comparaciones mentales que a la larga o a la corta me hacen daño a mi y a la forma en que me relaciono y proyecto con ellos, y ustedes verán por qué.

Mi hijo mayor, Rafael, tiene 8 años: es tranquilo, sosegado y hasta lento. De piel trigueña, grandes ojos y pelo lacio negro. En fin el es el negrito de la familia, ¡pero no la oveja negra!, mira que mi gordito es bueno, obediente, responsable y muy inteligente...

En cambio... su hermanita, la pequeña María Clara, es el reverso de la moneda: hiperquinética e impaciente, rauda e intrépida, piel blanca, rubia y de pequeños ojitos vivaces que miran con picardía la próxima travesura al intervalo de dos minutos; su agilidad mental nos asombra y nos asusta pues, sólo con dos añitos, ha logrado procesar más información pecaminosa que yo con más de 30 años. En fin, está en la viva, a lo cubano, y es más viva de lo que suele ser un cubano a su edad.

Cuando en la familia me interrogan sobre su carácter, "¿Por qué ella es así? ¡Yo no sé cómo tú puedes! Yo la miro con desaliento y ella contesta:

- "¡No es fácil, Mami, no es fácil!"

- "En efecto, hija, no es fácil, y menos para mí, tener que atender a dos personas tan diferentes y a la vez tan queridas, pues como madre, y a pesar de sus diferencias físicas, de edad y de personalidad, quisiera que tuvieran siempre lo mejor de mi persona: un buen carácter y disposición, complacer sus gustos y necesidades, atenderles como se merecen, amarles sin reproches o reservas."

Debo partir mi vida en dos, porque dos son ellos y a cada uno darle lo que necesita según y en la medida que lo necesita, y ese es mi mayor reto; y a la vez que me vean como una persona íntegra sin dualidades o dos caras, a alguien que es capaz de compartirse y de darse por entero a cada uno y recibir cada uno a mamá entera para sí. ¿Cómo lo he logrado hasta ahora? No sé si bien o mal, pero dos cosas me han ayudado:

- La meditación de la secuencia del *Corpus Christi*:

"...No en pedazos dividido
ni incompleto ni partido
todo Él se nos da a comer
uno o mil su cuerpo tomen
entero todos lo comen
comido no pierde el ser..."

Y bien meditado: si Cristo, mi gran ayudante en esta faena que es formar una familia, se entrega por entero en un pequeño fragmento, yo como madre debo hacerlo y la entrega por completo a mis hijos no me fractura ni me disminuye, si no que engrandece mi labor diaria. Y después siempre me queda la palabra de San Pablo mostrándome el mejor camino: "El camino del amor", (I Co 13, 4-8). Recuerda

María Isabel que el amor de madre todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, todo lo sufre y añádele que todo lo tolera, hasta las mayores diferencias.

Colaboración de Ma. Isabel Rodríguez
Parroquia Santa Clara de Asís